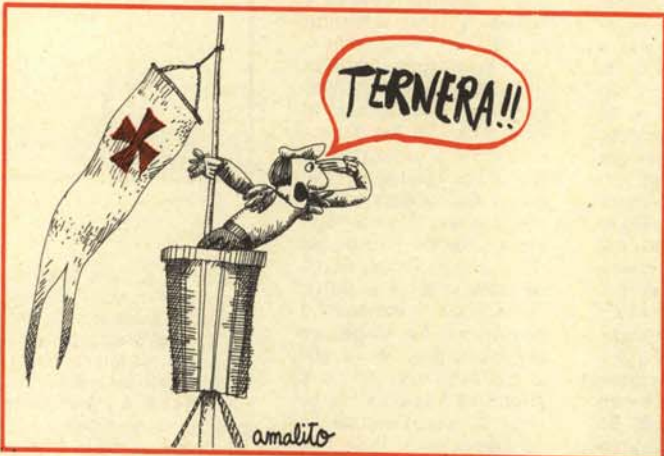
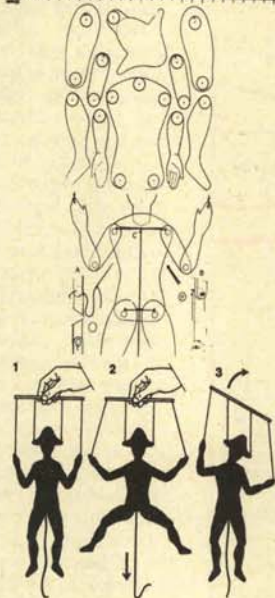
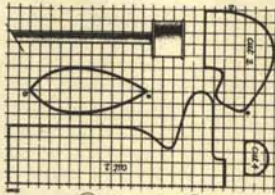


He aquí cómo se puede construir usted en su propia casa una hermosa asociación para su puesta en circulación el día que le corresponda.



MAS del treinta por cien de los ciudadanos está compuesto por la mansísima piara de los acreedores, que bien cuidados y preservados de las epidemias propias de su raza, producen grandes riquezas a la comunidad. Antes de ser domesticados e incorporados a las formas modernas del comercio, los acreedores solían atacar al hombre armado de falacias e indignaciones. Afortunadamente esos modales salvajes, impropios del tiempo en que vivimos, han cambiado.

El acreedor moderno se tran-

ZOOLOGIA

EL ACREEDOR VULGAR

quiliza fácilmente con promesas y palabras de consuelo si al mismo tiempo se les acaricia dulcemente cogote y rabadilla. Según Darwin, en su origen, los acreedores vivían indómitos y aislados con su pareja y dos o tres crías que heredaban sus caracteres de bravura y valentía. Después, poco a poco, fueron vencidos por otras especies más astutas y prepara-

das en los ardides de las leyes y acabaron siendo sometidos y transformados en animal doméstico que todos conocemos y que tanto alegran nuestras calles, plazas y hogares.

Algunos creen que es una especie a extinguir. Afortunadamente los cuidados y desvelos que quienes no quieren que se quiebre el equilibrio económico-biológico de nuestra civilización, no repara en gastos para impedir que tal catástrofe se produzca. No hay temor, pues, de que por ahora dejemos de oír al atardecer sus dulcísimos balidos.

CH2

CONTRARREVOLUCION

Un grupo reducido salió a la calle gritando: «Opresionité, desegalité, cuñadité». Las masas huyeron despavoridas, ante los indicios de la revolución oligárquica. En el campo, tres nobles recorrieron una comarca acabando con el cooperativismo, unificando tierras que habían sido repartidas entre cientos de campesinos, pasando a cuchillo a los que se oponían a su tutela y obligando a rendir vasallaje al resto. Llegó el terror. En las plazas se alzaron guillotinas, y los aristócratas contemplaron extasiados cómo rodaban las cabezas de esos seres inferiores que durante años se habían sentido sus iguales, no cediéndoles el paso en la calle, negándose obstinadamente a besar donde pisaban, vistiendo como ellos, ocupando los primeros bancos en las iglesias y pretendiendo la mano de sus hijas. ¡Había llegado la hora de la desigualdad de clases, de la opresión, del distanciamiento!

Parecía increíble que hubieran aguantado tantos años la injuria y humillación que suponía compartir con gentes plebeyas, sin abolengo ni estirpe de ninguna especie los transportes, las diversiones, la educación —en menor escala, pues afortunadamente para los jesuitas y escolapios todavía había clases— y el trabajo. ¡El trabajo, al que se veían abocados faltos de sus dominios! Era preciso terminar con ese caos, en el que resultaba imposible distinguir a un siervo de la gleba de un villano.

Cayeron millones de cabezas, los aristócratas desempolvaban sus títulos nobiliarios, volvieron a esculpir los escudos de armas en sus palacios, a los que volvieron, y se restableció el orden establecido: la plebe volvió a su miseria, los salarios se rebajaron, grandes extensiones de tierras retornaron a un sólo dueño, el cual entre azote y azote, dando pruebas de su infinita caridad a pesar de lo ocurrido, entregaba limosnas a los menesterosos. De paso salvaba su alma, si es que esta contrarrevolución no la había salvado para siempre.

PIBE

